

VÍCTOR DOMINGO SILVA

Al pie de la bandera

¡Ciudadanos!

¿Qué nos une en este instante, quién nos
 encendidas las pupilas y frenéticas las ma-
 [llama,
 [nos?
 ¿A qué viene ese clamor que por el aire se
 [derrama
 y retumba en el confín?
 No es el trueno del cañón,
 no es el canto del clarín:
 es el épico estandarte, es la espléndida ori-
 [flama,
 es el patrio pabellón
 que halla en cada ciudadano un paladín.

¡Oh, bandera!

La querida, la sin mancha, la primera
 entre todas las que he visto ¡Cómo siento
 [resonar
 no en mi oído, sino dentro de mi ardiente
 [corazón,
 tu murmullo
 que es alerta y es arrullo;
 tu murmullo que es consejo en la tertulia
 [del hogar
 y que en medio de las balas es rugido de
 [león!

¡Cómo siento que fulgura, con qué ardores,
 la gloriosa conjunción de tus colores,
 flor de magia, hecha de fuego, de heroísmo,
 [de ideal!

¡La bandera! La soñamos inmortal!
 con su blanco, con su rojo y con su azul en
 [que descuella

—perla viva y colosal—,
 esa estrella

arrancada para ella
 al océano de luz del cielo austral!

¡La hemos visto desde niños, la queremos
 como amamos a la novia, con supremos
 arrebatos, con ternura, con unción.

Ella vive palpitante en las visiones familia-
 [res

de los días escolares.

y al mirarla hecha jirones nos parece

que ella grita al desgarrarse, porque mece
 lo que aún queda en nuestras almas de es-
 [peranza, de ilusión!

¡Todo pasa! Viento trágico y siniestro
 nos usurpa lo que amamos, lo que es nues-
 [tro:
 padre noble, dulce madre, tibio hogar.
 Somos huérfanos; erramos, dolorosos pere-
 [grinos,

por insólitos caminos
 y al azar . . .

¡Sólo tú, bandera, quedas; sólo tú, que nun-
 [ca mueres

porque tú eres
 toda el alma de la patria, bajo el cielo o
 [sobre el mar!

¡La bandera! ¿Quién olvida
 que ella ha sido como un hada para nuestra
 [edad florida?

¿Quién al verla que, a pleno aire, se levanta
 no la advierte como un alma enamorada de
 [la vida?

¿De qué trémula garganta,
 en los grandes días patrios, se escapó una
 [nota sola,

a que no haya respondido
 como el eco más sentido
 la bandera que tremola
 en lo alto de un madero carcomido
 de la escuela, del cuartel o del torreón?

¿Qué muchacho, entre la gresca vocinglera
 de Septiembre, malamente disfrazado
 de soldado
 no ha jurado
 convertirse en héroe patrio y defender de
 [su bandera

hasta el último jirón?

¡Oh, bandera! Trapo santo!

Hay ingratos que te niegan, que se burlan
 [del encanto

con que envuelves y fascinas, que no entien-
 [den el lenguaje

de tu risa y de tu llanto.

Mientras tanto

yo sé bien que no hay ninguno que, nostál-
 [gico, te mire
 y no tiemble, y no suspire,
 y no lllore en tu homenaje!

Yo sé bien que a más de un pobre desterra-
 [do
 toda el alma en un sollozo has arrancado
 cual se arranca el duro hierro de una heri-
 [da,
 cuando errante por naciones extranjeras
 con su fardo de dolor,
 ha observado que entre un bosque de ban-
 [deras
 sólo falta la que amó toda su vida:
 ¡la bandera tricolor!

Yo sé bien lo que se siente cuando a solas
 desde un barco, mar afuera, entre las olas
 se percibe la silueta de un peñón
 y sobre él, a todo viento, la bandera,
 la bandera que saluda cariñosa,
 la bandera que es la madre, que es la espo-
 [sa,
 el hogar, la patria entera,
 que va oculta en nuestro propio corazón!

Yo no sé cuándo es más grande la bandera:
 si en el campo de batalla,
 inflamada por relámpagos de cólera guerre-
 [ra
 y deshecha por el plomo y la metralla,

o en el alto tijeral del edificio
 que levanta en pleno urbe su almacón,
 y donde es como un heraldo de alegría
 porque no se ha consumado el sacrificio
 del que rige, con heroica bizarría,
 el compás de su martillo por el ritmo del
 [pulmón.
 Sólo sé que para ella es siempre el mismo
 cualquier gesto de heroísmo;
 que ella cubre con la misma majestad
 a unos y otros . . . La bandera es madre —es
 [hembra!—
 y si en medio de los vivos a menudo el odio
 [siembra,
 por encima de los muertos sólo arroja la
 [piedad.

¡Ciudadanos!
 Que no sea la bandera en nuestras manos
 ni un ridículo juguete, ni una estúpida
 [amenaza,
 ni un hipócrita letiche, ni una insignia ba-
 [ladí.

Veneremos la bandera
 como el símbolo divino de la raza:
 adorémosla con ansia, con pasión, con fre-
 [nesí,
 y no ataje nuestro paso, mina, foso, ni trin-
 [chera,
 cuando oigamos que nos llama la bandera
 “¡Hijos míos! ¡Defendedme! ¡Estoy aquí!”.

*Toque de Diana. Antología de Victor Domingo
 Silva. Imprenta Chile. Santiago, 1928. Págs. 354-355.*